

EL DIOS QUE ME VE

Desde siempre el mundo que rodea al hombre ha sido un misterio a develar. El hombre echó mano al símbolo, al mito, al animismo, pero ninguno le satisfizo. El ser humano es en sí mismo un misterio para sí y más grande aún cuando quiere aclarar cómo es que puede relacionarse con ese mundo exterior... La filosofía intervino: resumiendo siglos de búsqueda, un sector de estos buscadores arribó a cierto acuerdo. Los sentidos son las ventanas a través de las cuales el ser humano entra en contacto con la realidad exterior. Más o menos desarrolladas aceptamos estas premisas o teorías que nos quieren aclarar cómo entramos en contacto con el medio exterior

Desde un comienzo la humanidad privilegió el sentido de la vista. Lo que hemos visto con nuestros ojos es irrefutable. Posteriormente los ojos pasarían a ser las ventanas del alma. Desarrollando estas ideas más o menos extendidas, la humanidad anduvo siglos de años y kilómetros de arenas de desiertos. Hoy junto a Agar, volveremos a las arenas del desierto en este día de oración e intentaremos explicarnos nosotros también ese obrar divino en la historia humana de esta mujer, tratando de extraer luz y señales que animen y sostengan nuestra esperanza. Dios ha hablado y ha dejado estas señales, hay que desentrañarlas, interpretarlas. Hay que aprender a leer las señales de Dios. Las que puso antes y las que sigue poniendo en nuestro tiempo.

La historia de Agar en la Biblia pone en relieve cuán complicada y compleja es la obra de Dios en nuestra historia. Como pueblo de fe, creemos que Dios contesta las oraciones y cumple sus promesas. Sin embargo, esta historia nos hará salir de nuestras nociones simplistas con respecto al llamado, las promesas y la fidelidad de Dios. Agar no es sólo un personaje secundario en la historia de Abraham y Sara. Tampoco es solo la madre de Ismael. Una mirada al Génesis nos revela que su historia nos ayuda a descubrir un poco más el modo de actuar de Dios. La historia de Israel tiene mucho que enseñarnos sobre la manera en que Dios se acerca a nuestra propia historia.

Te invitamos a leer Gn. 16, 1-16 y Gn. 21, 8-21

La historia de Agar es una poderosa historia de éxodo, de dificultades y de la manera en que Dios se encuentra con nosotros en medio de lo que estamos experimentando.

Agar nos enseña que Dios se acerca a nosotros, aun cuando vagamos en lugares desérticos y las circunstancias de la vida y los sistemas de poder nos opriman y nos rechacen. En nuestra reflexión buscaremos a Dios en ese día a día, en esa rutina diaria, donde se nos hace difícil escuchar, descubrir la voz de Dios. Contemplemos el diálogo entre el mensajero de Dios y Agar. Una vez más, las primeras palabras que el enviado de Yahvé le dirige a su interlocutor, en este caso Agar son: “no temas” y Dios hace partícipe a Agar de su plan, le revela que de su hijo Ismael, nacerá un gran pueblo.

En esta reflexión bíblica se nos animará a buscar a Dios en los lugares difíciles, y a tener la certeza de que nosotros también podemos encontrarnos con el Dios que nos ve.

Agar —una mujer no israelita, y carente de poder o condición social— es la primera persona en la Escritura en ser visitada por un ángel; y es la única persona en la Escritura en ponerle un nombre a Dios —El Roi, “el Dios que me ve”—. En medio del dolor y las dificultades, Agar recibe la bendición y las promesas de Dios.

En ese encuentro de miradas Dios entra en la historia de Agar y Agar es partícipe de la historia de Salvación.

Estas son buenas noticias para nosotras que no somos perfectas, que andamos en lugares desiertos, que lloramos por las consecuencias de nuestras decisiones, y que no nos sentimos reconocidas. Es en estas situaciones —tales como Agar— que encontramos a Jesús, listo para encontrarse con nosotras en el lugar de desesperación cuando todo parece indicar que Dios está ausente o que las promesas de Dios son falsas. Agar, es un ejemplo de cuya fe podemos aprender. Ella nos enseña dónde podemos encontrar a Dios.

Dijimos que es más o menos aceptada la afirmación: los ojos, son la ventana del alma. Desde esa ventana Agar descubre a Dios y no solo lo descubre, le pone nombre a ese ser a quien descubre. ¿Qué significa ese encuentro de miradas entre Agar y Yahvé?

La situación de Agar es muy difícil, insostenible. Pero nuevamente en ese momento la presencia de Yahvé, es encuentro salvador. Y un encuentro que pasa a través de una mujer que da a luz un hijo en una situación muy complicada.

Muchas veces hemos hablado y reflexionado sobre esos encuentros entre la mujer-el hombre y Dios. Toda la historia de la Salvación es una cadena de encuentros y desencuentros. Un Dios que busca hasta las situaciones más insólitas y desde ahí fluye el diálogo. A veces parece que Dios busca la situación límite de soledad, de aflicción, de desamparo y ahí aparece “el no temas”. Para que no queden dudas que Dios es quien busca y tiende su mano...

Agar ya había dejado al niño, para no oír su llanto ni verlo morir. Y en ese momento en que ya nos preparamos para presenciar una angustiada tragedia, Dios interviene de modo que no queden dudas. “Yo estoy aquí, quiero salvarte, te doy un pozo de agua limpia y fresca”, es la señal.

Podemos decir que, en el colmo de la confianza, Agar le pone nombre a Dios: “Tú eres el Roi, porque pensé, no hay duda que he visto a Aquel que me ve”. Desde la profundidad de una mirada se da la profundidad del encuentro: la mujer y Dios. Es curioso el alrededor en que se desarrolla este encuentro: mal humor y celos de Sara, miedo y angustia de Agar, sufrimiento de Abraham que está en medio de ambas... pero igual Dios aparece y se deja, o mejor se hace descubrir una vez más. Es un texto que trasunta confianza, cercanía, cariño que Dios derrama sobre quienes lo buscan.

Se cuenta que una vez le preguntaron a San Juan María Vianney (Cura de Ars) qué hacía tantas horas en la Capilla. ¿Cómo era su oración, cómo rezaba? Él respondió: “Yo lo miro y Él me mira”. Era su sencilla oración diaria. Agar también tuvo esa experiencia mística de oración. Sintió que Dios la miraba, de ahí el nombre que le pone a Dios “El Roi, Él me mira” ¿Difícil este camino de oración? Será cuestión de intentarlo.

Hoy te invitamos a esta experiencia: busca tu desierto como Agar... escucha los llantos que te rodean... siente la mirada de Dios... qué fuentes de agua te muestra Dios a tu alrededor... Dios te habla desde la realidad... Trata de responder desde tu yo... La mirada de Dios es siempre nueva, te hace distinta, cambia tu paisaje, te hace ver las situaciones de otra manera.

Abre los ojos del alma, mira a Dios y como Agar, déjate encontrar por su mirada...

La oración es algo así: Estar dejándose mirar y mirar a Dios. Pero admitamos que es una búsqueda muy difícil. ¿Quién es ese Dios que me mira? Si es Dios y me mira no tengo, no puedo esconder nada, su mirada me atraviesa, me traspasa y sin embargo no me da miedo. Su saludo con Agar fue “no temas”. En una situación así ¿qué temería? ¿De qué o de quién debería tener

miedo? Su mirada entonces no me atraviesa, sino que me envuelve y yo siento su cercanía, su intimidad.

Ejercítate en mirar a Jesús, Él está aguardando que le miremos. Pero siempre nuestra mirada vendrá precedida y provocada por su mirada. Él nunca quita sus ojos de ti. Estés como estés, siempre te mirará y le podrás mirar. La mirada de Jesús te atrae, te enseña. Jesús te mira y te recrea. La mirada de Jesús es la mirada con que el Padre y el Espíritu te miran y aman. San Juan de la Cruz dice que “el mirar de Dios es amar”

En nuestro andar cotidiano, es difícil buscarnos espacios en el día para recordar que Jesús nos mira, que siempre nos mira con cariño, con ternura y misericordia. Devuélvele tú la mirada y estarás orando. Acostumbrarse a hacer esto frecuentemente hará de nuestra vida una vida mirada y bendecida por Dios.

Pasa de la oración de la mirada a mirar todo con bondad y ternura. Para hacer posible el plan de Dios sobre nuestro mundo, hay que empezar a mirar todo con mejores ojos, los que nos regala Jesús.

***«Anoche me sorprendí al cruzarme con tu mirada. Tenía tanta ternura,
que me sentí desconcertado... Imagen por imagen repasé toda la jornada:
No había mucho para sentirse orgulloso... ¿Por qué tu mirada era tan cercana?
Ponías paz en mi corazón y en mis deseos esperanza.
‘Abre las manos -dijiste- y Yo las llenaré de gracia’.
¿Qué alegre me dormí! Pensé: ‘Que al caer de la tarde, me falte todo,
menos la bendición de tu mirada».***

(Cipecar. La mirada es una bendición cuando brota del corazón)